

FRANCIA 1969

MUNDO



blica existía antes de usted y existirá después de usted. No lo olvide.

DE GAULLE—Por supuesto, pero ya no será la misma.

No, ya no será la misma. La V República fue un traje a la medida: no sólo a Pompidou, a cualquier otro le quedaría grande. Él —como Debré, a quien sucedió, y como Couve de Murville, que lo reemplazó— tuvo que sacrificar sus ideas a las de un jefe que se identificaba soberbiamente con Francia, pero que tenía títulos para hacerlo. Ahora, desde el 27 de abril último, la V República ha pasado al museo. Un coro de homúnculos danza alegremente en los jardines del Eliseo. Es verdad que de Gaulle nunca entendió a los partidos: tal vez sea su mayor mérito. No vivía en la política, sino en la historia.

La derrota, causada por la defeción de los que se dicen "centristas" —y que son, por el contrario, la verdadera derecha—, lo ha despojado de su carisma. No es, ahora, sino un contrito anciano que relee, bajo su lámpara, cierta página que siempre lo turbó. *Alles ist leer, alles ist gleich, alles war,* * repite. Así hablaba Nietzsche; así de Gaulle, solo, en La Boisserie.

Todo el mundo, entretanto, festeja esa derrota.

Harold Wilson, que en febrero revelaba impropriamente una conversación reservada de su Embajador con de Gaulle —a fin de "desenmascarar su perfidia"—, no esperó al día siguiente para proclamar que su país ya pisa el umbral del Mercado Común Europeo. Quizá se lleve un disgusto: habrá que ver si las naciones que apoyan su acceso al mcs obraban sinceramente o si hacían demagogia escudándose en el ogro del Eliseo.

Wilson acaba de recibir la visita del Presidente italiano, Giuseppe Saragat, y su derrengado Canciller, Pietro Nenni: ellos dicen sentir las aflicciones inglesas como cosa propia. Los tres son socialistas; pertenecen a esa eterna secta —eterna, según Mollet— que agita a las masas para copar el Gobierno y luego manda contra ellas a las brigadas de la Policía.

La reacción de Willy Brandt, otro socialista, fue más sensata. Los estadistas de alende el Rhin no incurren en la ligereza de suponer que, cansados los franceses de servir a su patria, advendrá esa Europa sobrenacional con la que ciertas fuerzas internacionales adormecen las energías del patriotismo. Hoy es Alemania, necesariamente, la que deberá asumir la defensa continental. Como por azar, hace dos meses eligió Presidente a Gustav Heinemann, un líder de inspiración nacional, algo así como un gaullista alemán (ver N° 324).

Los comunistas franceses comparten la alegría de los otros políticos. Las autoridades rusas, en cambio, están furiosas: han perdido su único amigo en el Oeste. Era su amigo, porque los ayudó a salir de la Guerra Fría. Pero el precio de esa amistad era una creciente independencia de los pueblos socialistas. De Gaulle había ido a Po-

* "Todo es vano, todo da lo mismo, todo ha sucedido" (NIETZSCHE. Así hablaba Zarathustra).

a Europa que dejó de Gaulle

Maliciosos cronistas, en Francia, se tenían en la investigación de un pequeño misterio; ¿cómo y por qué Georges Pompidou, un profesor de Literatura que entró en la política forjado por Charles de Gaulle, llegó a ser, durante varios años, director de omnimoda Banca Rothschild?

Parece que los Rothschild lo conocieron bajo el techo del Presidente y tomaron por un financista. Pero de Gaulle, viéndolo luego al frente del famoso Imperio bancario, supuso que su antiguo ayudante era, en realidad, un estadista de talento. Un hombre que por los círculos que frecuenta, en la Dale Carnegie.

La explicación, sin duda, es irrisoria. Pero no queda sino otra, inaceptable por su extremada sofisticación. Los Rothschild —pretenden algunos especímenes— habían adivinado que Pompidou era el hombre para acabar con el viejo Caudillo.

Otros, relejendo el best seller de Raymond Tournoux, *La tragédie du général*, dieron con una deliciosa pátina en la que de Gaulle dialoga con Mollet, en 1962. El jefe socialista cooperado mansamente con el nuevo régimen durante cuatro años; es el su partido —belicista en Argelia— se atreve a confesar la derrota; pero el problema ha sido resuelto por alguien que no temió arriesgar su prestigio, y él, en nombre de la clase política, inicia las maniobras para devolverlo a la soledad de Colombey.

De Gaulle acepta la lucha: despide su Primer Ministro Michel Debré y llama a Pompidou, que era entonces, su lado, poco más que un doméstico.

DE GAULLE—Debré ha sido parlamentario; continúa siéndolo, en cuerpo y alma. Temo que no sea el hombre que se necesita.

MOLLET—No sea demasiado ingrato ni demasiado injusto. Nunca encontrará un hombre que le sirva tan bien. Ha sacrificado sus propias convicciones para adoptar la causa de usted.

DE GAULLE—He decidido convocar a Pompidou. No es un hombre político; nunca perteneció a ningún partido; siempre me ha sido fiel. Es verdad que ha trabajado para los Rothschild, pero...

MOLLET—Usted sabe la estima que le tengo. Y no interesa demasiado lo de la Banca Rothschild, aunque, psicológicamente, no es un buen dato. Pero lo esencial es que usted, con esta decisión, deja de ser el árbitro previsto por la Constitución que hemos redactado juntos. Usted mismo condenó, entonces, el poder personal.

DE GAULLE—Mire, Mollet; yo no tengo inconveniente en que, después de las elecciones, sea usted mi Primer Ministro.

MOLLET—No nos subestime tanto. Usted nunca comprendió lo que es un partido político y, todavía menos, el mío. Para nosotros, tres, cuatro, cinco años no tienen mucha importancia en la historia del mundo. Usted habrá muerto desde hace tiempo y siempre habrá un Partido Socialista.

DE GAULLE—¿Acaso no funcionan las instituciones? ¿No estamos en una República? En el fondo, señor Mollet, esta República soy yo.

MOLLET—No, mi general. La Repu-

lonia y a Rumania, no para sembrar incitaciones a una acción desesperada, sino para recordar a sus pueblos que el valor más alto es la nacionalidad.

La trolka ha sufrido un nuevo traspie. No le hubiera costado mucho instruir a Waldeck-Rochet para que, corrigiendo su romo izquierdismo, acogiese los deseos de su propio electorado, cuya mayoría, en el último decenio, sufragó constantemente por de Gaulle. Breznev ha procedido con la misma indecisión que en el caso de Checoslovaquia: bastaba que hiciera un esfuerzo para avenir a los grupos de Dubcek y Novotny, en el momento oportuno, para no verse obligado a ordenar la estéril invasión.

Es natural, desde luego, el regocijo israelí. Francia, que había equipado con discreción al pequeño y osado Ejército judío, no creyó que —alcanzada la victoria— debiera sacrificar a cuestiones ajenas su política árabe. No sería prudente, con todo, que los partidos franceses afectados al Estado hebreo permitieran una asociación demasiado fácil entre la caída de Charles de Gaulle y ciertos intereses erizados contra él, porque entonces surgiría de las entrañas del pueblo francés una peligrosa reacción antisemita.

También los norteamericanos tenían razones para ver con alivio la retirada del hombre que sacó a la mara del territorio francés y hostigó porfiadamente su política vietnamita y la firmeza del dólar. Richard Nixon, sin embargo, buscaba ansiosamente la reconciliación con el solitario del Eliseo y, con su visita, pocas semanas antes del derrumbe, le brindó un halago comparable al de Tito cuando Khrushchev le llevó las excusas del Kremlin.

Es que, si se aborda la política internacional en el plano de las conveniencias, al abrigo de los sentimientos, se cae en la cuenta de que la paz —como se decía en tiempos de la Liga— es "una e indivisible", y que su



God save the Queen.
(Saragat en Londres)

principal requisito es el orden, así entre las naciones como dentro de ellas. Redimida de sus tortuosas vicisitudes en Indochina y en Argelia, Francia ha sido, en los últimos diez años, un elemento de orden, y la claridad de su lenguaje beneficiaba a todos.

Ahora está sin Gobierno; de hecho, lo estará mucho tiempo, porque no se vislumbra cómo podría reconstruirse una mayoría sólida. Pompidou, durante su mandato, tendrá muchas ocasiones de medir su fuerza con los gremios; no es probable que la use con la serenidad que distinguía a su jefe. Las facciones han salido a la calle, cuyos adoquines sirvieron tantas veces para erigir barricadas. Cualquier otro estadista que hubiese gobernado por diez años a ese pueblo inconstante se habría convertido en un chivo emisario. De Gaulle se ha ido; el enojo de los franceses —como el de todo el mundo— ya no podrá cebarse con él; pero otras preocupaciones vienen ya a desplazar a las que causaba su arrogancia.

Ese no era el problema, sin embargo. Y así como Francia deberá, muy pronto, optar entre la inflación y una aguda crisis social, el sistema monetario de Occidente —que empieza a temblar otra vez— pagará las consecuencias de que un país tan importante recaiga en sus agitaciones crónicas. ♦

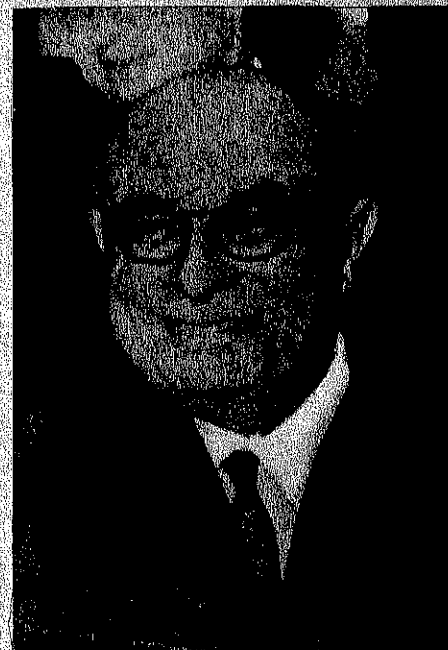
FRANCIA:

Las razones del ausente

La semana pasada, cuando la srao (sección francesa de la Internacional Obrera) cambió su histórico nombre por el más modesto de Partido Socialista Francés, y proclamó la candidatura presidencial del Diputado-alcalde de Marsella, Gaston Defferre, la política francesa, apenas liberada de una presencia mortificante, iniciaba una evolución hacia la derecha.

En los comicios generales de 1966, François Mitterrand, un gallardo caudillo de escasas luces, unió a toda la izquierda, sin de Gaulle, la izquierda no podía sino despedazarse. Guy Mollet, después de cortejar largo tiempo a los comunistas —cuyos votos salvaban su diploma de Diputado—, busca ahora contactos con el centro. Entonces no quería la candidatura de Defferre; ahora la impuso contra otro miembro de su partido, Alain Savary, ansioso por consultar a los marxistas.

El Congreso partidario aceptó esta propuesta por 1.574 votos contra 1.567. Estalló una batahola: según Defferre, el cómputo era "irregular"; en una nueva votación —manejada por los matones de Mollet—, 176 abstenciones permitieron el triunfo del marsellés, por 1.815 votos contra 1.500. Triunfante así la "democracia", Mitterrand, que había convocado a su propio grupo, el cir (Convención de Instituciones Republicanas), desistió sabiamente. Su 45 por ciento de hace tres años se reducirá, no hay duda, a poco más de un 30, dividido entre el aseptico Deffe-



Duclos: La izquierda en ruinas.

re y el comunista Jacques Duclos.

Tan pronto como supo la defunción de la izquierda, el centro entrevió la posibilidad de una ingeniosa manobra. Un hombre salido de sus filas —sea el Presidente interino, Alain Poper, sea un "monstruo sagrado" como el casi octogenario Antoine Pinay— podría, acaso, redondear también un tercio del electorado en la votación del 1º de junio; sin la mitad más uno, Pompidou debería presentarse por segunda vez. Quizá gane con el concurso de los "republicanos independientes", pero el jefe de este sector, Valéry Giscard d'Estaing —el paladín de la alta banca y de los favores "atlánticos"—, quedará bien situado para reagrupar a todo el centro y disgregar al gaullismo. Pompidou, desde el Eliseo, no podría contrarrestar estos movimientos de su Primer Ministro. El viernes pasado, para conjurar estas argucias, Pompidou no tuvo empacho en "diferenciarse" netamente del gaullismo. "El estilo de la Quinta República sin de Gaulle —proclamo— tiene que ser distinto del que tuvo con él." De inmediato, Giscard ordenó atenuar sobre Poper para que presentara su candidatura; Pompidou ha dado un golpe certero.

Es el único personaje de primera fila que puede aspirar al poder; los otros, Mendes-France, Faure, Debré, están aislados. El director de L'Express, Jean-Jacques Servan-Schreiber, comienza a percibir que el régimen de los partidos arrastra fatalmente hacia la mediocridad. "La enfermedad de la democracia parlamentaria —escribe— consiste en que no advierte por qué la política, tan regularmente, provoca la desafección popular." Es que, incautado su sufragio por los comités, "el ciudadano ya no ve, ya no siente, ya no verifica la relación directa entre su voto y la naturaleza del poder, la orientación del Gobierno, la composición del equipo dirigente". ¡Pero esto es gaullismo! ♦